

Justicia. fuerza lo que solo es obra de la parcialidad y de la in-  
 Justicia. Páase después á la peroracion ó parte de afectos se-  
 ñalada con el número 3, y se empieza con un sostenido  
 apóstrofe dirigido á la Cámara. En él se formula la re-  
 capitulacion ó epilogo dando á los pensamientos una  
 amplificación *de los puntos que se han de tocar* por medio de  
 intensidad. En este lugar se usa de la figura repetición,  
 pues todos los períodos empiezan con la misma palabra  
 "Ya habéis visto," lo cual tiende á grabar mas la idea  
 por medio de una pincelada rápida y viva. Después el  
 orador se trasporta con su imaginacion á las escenas á  
 que daría lugar en su concepto el triunfo de las teorías  
 que combatía, y con destreza procura detener sobre su  
 cuadro los colores mas vivos, y usa de la misma figu-  
 ra de que uso Cicéron, cuando aludiendo á la conspira-  
 cion de Catilina prescindió en su oracion á Roma inven-  
 diada, corriendo por todas partes atribuladas sus muera-  
 dora, hechas las calles y plazas de cadáveres, inspidi-  
 los estos en medio de la construcion general, y en tan-  
 to el sentimiento de Catilina rebosando una ternura aborrecida  
 á la vista de tanta destruccion y de tantas desgracias.  
 Esta pintura es tan vehemente como atrayedora, y el  
 orador ministerial le sustituye con un cálculo para  
 concluir el consuelo reverso de la posteridad, seguridad  
 y dicha que deben ser el resultado positivo de sus doc-  
 trinas y conducta del gobierno á quien apoya. Este pa-  
 ralelo desaloja en la nueva dilatacion que se dá al epí-  
 logo completa la conviccion y el sentimiento, y se aca-  
 ba dejando la eleccion en esta alternativa á las otras  
 optimas por la angustia y por la ansiedad.



Los estueros portados del orador á quien contrasta  
 se han dirigido á probar que el gobierno puede licitamen-  
 te intervenir en las elecciones. No me detendré á in-  
 pugnar esta idea aunque pudiera hacerlo tan fácil como  
 convequiere. Bastarían para ello hacer obser-  
 var á la Cámara que el derecho electoral está concedi-  
 do por la Constitución. Bastarían para ello hacer obser-  
 var que el poder legislativo por el pueblo debe en su  
 dia juzgar la marcha del gabinete, y jamas se ha visto  
 que se conceda á nadie intervenir en el nombramiento  
 de los jueces que han de fallar su causa. Pero no es es-  
 to el punto de vista en el cual deseo yo examinar la  
 cuestion.

**CAPITULO XVIII.**

Discurso último de oposicion.

Se concibe muy bien, señores, que cuando el gobierno  
 se ve atacado hasta en sus últimos atrincheramientos,  
 busque medios de salvarse y apele al ingenio si ve que  
 no le basta la razon: pero lo que no se concibe es que  
 pasando la línea de la defensa, acometa como un furio-  
 so, emplee armas vedadas, y quiera llamar la odiosidad  
 sobre los que le impugnan, presentándoles aquí como  
 abogados del desórden y como nuncios de destruccion.  
 Es tan fácil aventurar calificaciones injustas y pronun-  
 ciar nombres execrables, como lo es presentar al públi-  
 co un sentimiento liberal aunque las obras lo desmien-  
 tan. La lucha de los principios está empeñada, el de-  
 bate abierto, la tribuna nos reclama, el mundo nos oye,  
 la posteridad vendrá algun dia á juzgarnos, y yo voy á  
 hablar para ese mundo y para esa posteridad sin que  
 ninguna consideracion me arredre ni detenga, pues la  
 honra del partido político á que pertenezco exige de mí  
 que arroje la prevencion y la embozada ofensa al ros-  
 tro de los hombres que intentan lanzarla sobre nuestra  
 frente.

Los esfuerzos porfiados del orador á quien contesto, se han dirigido á probar que el gobierno puede lícitamente intervenir en las elecciones. No me detendré á impugnar esta idea aunque pudiera hacerlo tan fácil como conciuientemente. Bastaríame para ello hacer observar á la Cámara que el derecho electoral está concedido por la Constitución al país y no al gobierno: bastaríame decir que los elegidos por el pueblo deben en su día juzgar la marcha del gabinete, y jamás se ha visto que se conceda á nadie intervenir en el nombramiento de los jueces que han de fallar su causa. Pero no es este el punto de vista en el cual deseo yo examinar la cuestión.

Nosotros combatimos al poder porque interviene en las elecciones valiéndose de medios reprobados é inmorales. El contesta simplemente que le es lícito intervenir. ¿Es esto por ventura responder al cargo, es esto entrar en la cuestión en el terreno en que se la ha colocado, es esto aceptar el debate franca y lealmente, ni pelear con armas de buena ley, partido el campo y la luz, como los antiguos campeones? No: es sustituir el sofisma á la razón, es eludir los argumentos á que no se puede responder; es escaparse por la tangente; es construir un fantasma para sostener con él una lucha de puro entretenimiento; es en una palabra, prostituir la lógica y hasta el buen sentido. Disfrazar con vuestras palabras, vuestras intenciones y vuestra conducta, y desnaturalizar toda cuestión cuando os veis en este palenque cerrado en que los representantes del pueblo se atreven á interpelar á vuestra omnipotencia, esa es vuestra táctica, ese es el medio de que os valeis en vuestras lastimosas derrotas. Y digo vuestras derrotas, porque vuestros hechos son vuestro féretro y vuestro sepul-

cro: porque el triunfo que habeis arrancado en la suplantación electoral por medio del halago, de la intimidación, de las persecuciones, de las intrigas y violencias que forman la crónica vergonzosa que presentais al país y que legareis á los venideros para que os juzguen sin piedad ni conmiseración, ese triunfo es vuestra muerte, porque es el acta de acusación que os hunde para siempre con vuestras doctrinas.

Sí: hemos dicho y repetiremos mil veces que la opinión pública ha sido desatendida y despreciada, y que solo se ha hecho prevalecer vuestra opinión y la de vuestros mandatarios. A esto respondeis en son de sarcasmo y desprecio que la opinión pública es indistinguible é impalpable, que es el camaleón que cambia de color en cada movimiento, el querer antojadizo del niño que desea y aborrece en un mismo instante y que se encariña con un juguete para arrojarlo bien pronto despedido. Lo que vosotros retratais al hablar así no es la opinión pública, sino la pasión popular que nos guardaremos bien de invocar como norte seguro en estos gobiernos. Exenta de pasión, libre de todo vértigo, agena al interés como á la venganza, la opinión pública es la suma de las opiniones individuales dirigida por instintos maravillosos, ilustrada por la razón y aconsejada por los reveses y por los escarmientos. Ella es la palabra de Dios en la tierra, y esta máxima proclamada en todas las lenguas y países se ha traducido hasta en proverbios que debieran recordar al poder que la voz del pueblo es la voz del cielo. Sí: porque la humanidad es más que los hombres que se ligan para afligirla; porque los gobiernos son para los pueblos y por los pueblos, y no los pueblos para los gobiernos ni por los gobiernos, porque las naciones deben ser tan independientes en su

pensamiento como en su existencia; porque el todo no debe ser sacrificado á la parte, ni el derecho á la usurpacion, ni la ley á la arbitrariedad, ni la justicia al cálculo y al favoritismo. No digais, pues, que á la opinion mudable y ciega del pais sustituís la idea ilustrada y perseverante del gobierno: decid mas bien que os habeis encerrado en una máquina neumática, que os tapais los oidos para que no lleguen á ellos los ecos de nuestros dolores, que habeis cerrado los ojos para no presenciar nuestra miseria, que no quereis mas guia ni mas consejo que el de vuestra ambicion y el de vuestras afeciones: decid mas bien que negais la existencia de ese juez y de este poder invisible, solo porque asi os conviene, y entonces os responderemos: "Nada importa; Dios existe á despecho de los ateos que se obstinan en no reconocerle."

Os reís tambien del entusiasmo, y valiera mas que tuviérais lástima de vosotros mismos. No puede creer en un sentimiento elevado el que es incapaz de concebirlo. Sin el entusiasmo no habria héroes, ni habria magnanimidad, ni habria grandes virtudes: no hubiera habido en el mundo ni Alejandro, ni Césares, ni Napoleones. Pero en las regiones heladas del egoismo se calcula y no se siente: entre los hombres que se proclaman á sí mismos centro de la circunferencia que se agita á su vista, el deber y la patria son reemplazados por la individualidad que todo lo absorbe y por la conveniencia que todo lo materializa. Hablamos idiomas distintos, y no es extraño que no nos entendamos.

He aquí por qué sostenemos que las elecciones así fraguadas dan un resultado bastardo que representa influencias determinadas, pero no al pensamiento ni al interés nacional. Los elegidos deberían ser el genuino producto

de la voluntad comun, y aquí solo son hechura del poder y de las parcialidades. Llegad á las altas dependencias. No preguntéis entre aquellos funcionarios cuáles son los que se sientan en la Cámara. Todos ellos han obtenido el sufragio de los pueblos. ¿Cómo, os direis admirados, han podido ser elegidos por lugares remotos, que ni siquiera sabian que estos personajes estuvieran en el mundo? ¿Qué simpatías habrán podido inspirar donde son de todo punto desconocidos? Nada importa; el poder quiso, el poder mandó, y el poder fué obedecido. Ved por qué decimos con la conciencia de hombres de bien, que nada pedimos ni tenemos, que las elecciones no son elecciones, que las leyes no son leyes, y que el sistema deja de ser representativo y de interés comun, para ser solo de usurpacion y de bandería. Si se conceden los hechos, la consecuencia es indeclinable: si se lleva el impudor hasta el punto de negarlos, el pais responderá con la indignacion que siente la probidad contra la impostura, ó con la risa del desprecio con que mirará tanto cinismo. Os admira sin duda nuestra ruda franqueza; decís que es un intolerable escándalo que así se hable cuando el tiempo y los acontecimientos posteriores han consagrado la eleccion; mas poned sobre el corazon vuestra mano, y decidnos si los derechos de la verdad pueden prescribir alguna vez, si hay una ocasion sola en que el hombre deba incensar al ídolo del error y de la mentira, si puede borrarse de la conciencia pública lo que vosotros borrais tan fácilmente de vuestra memoria; decidnos por último, puesto que tanto os escandalizan nuestras palabras, en qué hay mas mal, si en cometer los abusos y desmanes, ó en que se denuncien al pais que los ha presenciado atónito pudiendo apenas creerlos.

Respecto á la seguridad individual, se echa mano de otro sofisma no menos conocido, puesto que no es menos frecuente. Se fingen peligros que no existen, ó se exageran dándoles formas colosales los livianos temores que bastaría á disipar una conducta prudente y conciliadora; se sacrifican víctimas para aplacar á esos fantasmas, y despues se grita que se ha salvado la patria, y que el reposo de la sociedad entera se debe al duro escarmiento hecho en los perturbadores. Nosotros no queremos la revolucion ni los crímenes: queremos solo que impere la ley y no la violencia ni la fuerza: porque el empleo de ésta cuando no es en defensa de la nacion ó de su libertad, es siempre sacrílego, ya se anuncie de una manera bárbara como en la persona de Atila, ó ya con vistosos batallones y con músicas marciales que resuenen en los campos talados y en las poblaciones destruidas como en la persona de Bonaparte. No pronunciamos, no, una heregía cuando opinamos que la vida social en un gobierno que manda por la violencia es mil veces peor, mas espuesta y azarosa que la vida errante de los bosques. Los salvajes merecen mas disculpa en sus ultrajes á la humanidad que los hombres civilizados. Aquellos hacen la guerra para defender la choza que fabricaron en su marcha rápida á través de las soledades, por defender el árbol que les brinda frutos y sombra, ó la orilla del mar que les asegura su alimento. Los pueblos que se llaman cultos se destruyen entre sí por rivalidades, por odios y por ambiciones, y muchos gobiernos, que se apellidan clementes y paternales han inmolado víctimas en sus terribles reacciones hasta que han creido que descansaba con seguridad su poder sobre montones de cadáveres. Paulo Emilio vende en Epiro ciento cincuenta mil moradores de sesenta ciudades des-

truidas; César dá gracias á los dioses porque ha esterminado á los Galos, vendido cincuenta y tres mil prisioneros y hecho morir en Avarico cuarenta mil ciudadanos inermes. Y no hace mucho que hemos visto algunos gobiernos de Europa que despues de las convulsiones de sus Estados han hecho expiar la denodada defensa de sus súbditos, entregándolos á centenares á la cuchilla de los verdugos. Decid, pues, si nuestras comparaciones son locas ó exageradas.

Y al obrar así, al descargar el golpe sobre personas inocentes solo por un recelo quimérico, por aquel cuidado que asalta sin cesar al hombre cuando tiene en su memoria un juez y un acusador, se dice que es imitar á la Providencia que olvida á los individuos para pensar en los pueblos, á los pueblos para pensar en las naciones, y á las naciones para pensar en la humanidad: ¡Horrible denuesto! No insulteis, no, á las leyes eternas que gobiernan al mundo; á esa mano invisible que se halla en todas partes para conservarnos y para protegernos, ya que así os sublevais contra sus mandatos. La Providencia vela sobre todas las criaturas, y lo mismo vale á sus ojos el pastor que el rey, el esclavo que el conquistador. Vosotros, por el contrario, os ligais con predilecciones funestas, y lo olvidais todo para pensar solo en vosotros y en vuestros adeptos. No conoceis ni la tolerancia ni la piedad: erigís el rigor en sistema; y para señalar las cabezas que os proponéis herir, dais el santo y seña á vuestros partidarios con estas palabras: “El que no es con nosotros es nuestro enemigo, y debe ser esterminado.”

Desterrando así la seguridad y la confianza, no podeis tener lo que negais á los demas. En todas partes veis conspiraciones, por do quier encontráis peligros, y cual-

quier cosa os inspira recelo y temor. Por eso prohibís á los ciudadanos que se reunan, y mas todavia que vengán á turbar vuestra fingida serenidad con la esposicion de sus agravios y con las quejas de su dolor.

No temeis ciertamente que de estas reuniones surja una idea atrevida ó trastornadora que ataque á la libertad: lo que temeis es que de la opresion brote el despecho, que la palabra "venganza" encuentre eco en todos los corazones, y que vuestro poder se aniquile al impulso de la popular indignacion. Os equivocais sin embargo. No quiere la nacion apelar á medios violentos; no quiere confiar el cambio de sus destinos á una revolucion que lleve á la tempestad por piloto, y que por lo tanto se estrelle ó naufrague: quiere una marcha tan pacífica como justa, quiere ser gobernada por la ley y no por la arbitrariedad ó por el capricho.

Pero vosotros deseais ejercer un poder sin contradiccion y sin límites, y por eso haceis enmudecer á la imprenta, para que no publique vuestros errores ni defienda los buenos principios. Nosotros hemos sido los primeros en protestar contra sus desmanes, y seria mas que una impostura, una maldad suponerlos asociados á sus desafueros. Haced lo contrario de lo que haceis, y contad con nuestro apoyo. Si combaten las doctrinas, presenciad tranquilos su lucha, seguros de que vencerá la mas provechosa, porque en la lid del pensamiento siempre la verdad triunfa del error. Si se os denuncian abusos, acudid á corregirlos en vez de ahogar la justa queja; y si alguna vez el tiro llegase hasta vosotros, sed tolerantes é impasibles, porque este es el primer deber de todo hombre público, y decid como decia el gran Teodosio en ocasion en que se le hacia blanco de las calumnias. "Si es ligereza, despreciemos; si es locura, ten-

gamos compasion; y si es deseo de dañar, perdonemos." Pensad que Arístides condenado á destierro por la injusticia de sus conciudadanos, no alzó su voz contra la ley que permitia su acusacion, porque si ésta hubiera estado vedada, á la sombra de la prohibicion se hubieran salvado mil magistrados corrompidos: pensad que Caton, citado varias veces en justicia sin motivo alguno, jamas pronunció la menor queja: pensad que si los decemvros diéron leyes contra los libelos, fué solo porque temian que por este medio se denunciassen sus maldades. El que se halla tranquilo en su interior desafía en calma la maledicencia, porque sabe que sus dardos se rompen cuando dan en el muro de la probidad y de la virtud.

Pero los hombres del poder actual no se acomodan con esta política de tolerancia, porque quieren imponer su pensamiento y hacerlo reinar sin contradiccion. Por eso es su lema el exclusivismo, y solo sus amigos son llamados á los cargos, honras y dignidades. A esto se nos dice que seria una insensatez confiar su principio de gobierno á los que les son hostiles. ¿Mas qué es esto sino confesar que se sigue una política puramente personal, á la que solo pueden acomodarse los que ven en ella su lucro y sus ventajas, y que capitulan con su conciencia para abrirse un camino á sus ambiciones y á su fortuna? Cuando la marcha de un gobierno descansa en principios fijos y aceptables, encuentra su apoyo en todos los corazones rectos é independientes: cuando esa marcha es solo de bandería y no tiene otro norte que el del propio engrandecimiento, entonces y solo entonces es cuando hay necesidad de separar de toda influencia á los hombres rectos y justificados, porque no pueden servir de instrumento á un sistema tan parcial y destructor. Esto será ciertamente mandar, pero no gobernar.

Un gobierno no debe ser nunca de partido. Cuando lo es, basta tener una opinion conocida para que el poder fijé su vista en las nulidades que solo se recomiendan por la mancomunidad de principios ó por la ductilidad de su carácter, y los cargos recaen, no en los más dignos, sino en los más fanáticos por aquellas ideas, ó en los más sumisos y complacientes á la voluntad que domina. Si por el contrario la política descansa en un principio de justicia y de interés comun, todas las gradas de la escala social se ven ocupadas por el verdadero mérito, y sirviendo á la vez de estímulo al talento y al heroismo esta participacion equitativa, brotan espontáneamente los hombres capaces y dignos, como brotan de la tierra las plantas al influjo del sol de primavera que las desarrolla y fecundiza. Cuando el mérito es esquivado y tal vez perseguido, se retrae y oculta; la nave del Estado se confía á manos imperitas; por todas partes se estiene de el desaliento, todos miran con frialdad aun á la nacion misma que solo sirve de patrimonio á unos pocos, y el gobierno y acaso las instituciones derrumban; porqued no debe olvidarse que si pueden ser derribadas por el odio, tambien pueden morir por la indiferencia. Esa indiferencia es ya por desgracia entre nosotros el síntoma precursor de la muerte del sistema, porque nadie se mata solo por nombres, ni defiende lo que no le asegura ni proteccion ni ventajas de ningun género.

¿Ni cómo podia ser otra cosa cuando merced á ese fustoso exclusivismo y á esas ciegas persecuciones son tantos pocos los que gozan y disfrutan, y tantos los que padecen? Y no se nos diga, no, que venimos á sostener la idea absurda de un irrealizable comunismo. Nuestra divisa es la justicia, y no se avienen con ella las violencias ni las depredaciones. Siempre ha habido ricos y

pobres, se dice: mas lo que nosotros queremos es que ese mal inevitable no se aumente por el gobierno que lo debe en lo posible disminuir, y que su mano destructora no estienda la miseria para amontonar las riquezas y los goces en los hombres que no tienen otro título que el de sus servicios bajos é interesados: Lo que nosotros queremos es que la llama luminosa que se eleva de las mansiones de una opulencia tan insultante como inmerecida, no sirva para que á su reflejo veamos solo un pais devastado y hambriento, donde resuenan los ayes del dolor, como antítesis horrible á los cánticos y á los brindis que circulan por los salones de palacios improvisados.

A esto se dice, sin embargo, que ese lujo pone en circulacion el dinero y le hace llegar á las manos del pobre que de otro modo pereceria por falta de ocupacion. Mas nosotros preguntaremos ¿qué utilidad estable y fecunda saca el pais de ese alivio parcial y transitorio? ¿Qué queda de esos edificios con que se intenta rivalizar el poder de los soberanos? Solo un renglon, ó mas bien un epitafio que diga: *aquí está enterrado un tesoro.* ¿Qué queda de esas fiestas que dan atolondramiento y no felicidad, y que consumen en vanos y frívolos placeres lo que invertido de otro modo haria la riqueza y la dicha de los pueblos? Un recuerdo doloroso y una comparacion harto triste. Sí: porque ese fuego calienta á muy pocos, y no produce mas que una columna de humo que bien pronto se disipa.

Citais la historia, y de ella quereis deducir que esos gastos enormes han dado brillo y poderío á las naciones antiguas y modernas: pero la historia es un testigo y no un adulador, y no se presta á lisonjear vuestros caprichos, ni á escusar vuestras faltas. Vosotros la presentais